

Gustavo Martín Garzo  
Noticias de la nieve



Clínica  
Universidad  
de Navarra

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada por los editores viola derechos reservados y está totalmente prohibida. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

© 2009 Gustavo Martín Garzo

© Para esta edición:

Clínica Universidad de Navarra.  
Avenida Pío XII, 36  
31008 Pamplona, Navarra, España.  
[www.cun.es](http://www.cun.es)

Ilustración de cubierta: Luis Grañena.

Dep. Legal: NA 3365/2009

EDICIÓN NO VENAL



©Leticia Pérez

## El autor

Gustavo Martín Garzo (Valladolid, 1948) es licenciado en Filosofía y Letras y ha compaginado su trabajo como psicólogo con su faceta de escritor. Ha ganado los premios Nacional de Literatura (*El lenguaje de las fuentes*, 1984), Nadal (*Las historias de Marta y Fernando*, 1999) y Nacional de Literatura Infantil y Juvenil (*Tres cuentos de hadas*, 2004). Su última novela es *La carta cerrada* (2009). Se confiesa hombre metódico y sin prisas. Nunca ha abandonado su ciudad porque “cualquier lugar contiene el mundo entero, los mismos conflictos, los mismos anhelos. Basta con saber mirarlos”.

GUSTAVO MARTÍN GARZO

# Noticias de la nieve



Clínica Universidad de Navarra

# Índice

|                                   |    |
|-----------------------------------|----|
| Noticias de la nieve              | 7  |
| Nota del autor                    | 51 |
|                                   |    |
| Historia clínica                  | 52 |
| Sobre la colección                | 54 |
| Colección Historias de la Clínica | 55 |

*Elmo quiere que este pequeño  
libro esté dedicado a sus padres.*

## Noticias de la nieve

**A**penas sentía los golpes. Tropezaba con la esquina de la mesa o chocaba con la puerta al salir del coche, y no se hacía daño. Tampoco tenía frío. Se ponía a trabajar en la calle y, aunque estuvieran en invierno, terminaba en mangas de camisa. Ni siquiera se cansaba. Aún no había terminado de hacer algo y ya estaba pensando en lo que iba a hacer después. Cargaba cajas y piezas pesadas, que llevaba de un lado a otro sin esfuerzo. Se sentía distinto, renacido. Sólo le faltaba tener una capa para echarse a volar. Su mujer, su padre, sus amigos, se preocupaban por él. Le decían que se abrigara más, que no cargara pesos, que descansara. Acababa de operarse, su organismo tenía que recuperarse, hacerlo sin prisas, como esos pantanos que recogen el lento goteo del agua del deshielo. Había sido una

operación muy grave, un trasplante de corazón en la Clínica Universidad de Navarra. Su obligación era cuidarse, no tenía que demostrar nada, y mucho menos a ellos, que lo único que querían era su bien. Pero él no les hacía caso. Necesitaba moverse sin descanso, hacer una cosa tras otra, siempre apurado, siempre pensando en lo siguiente, como si no le quedara tiempo o como si hubiera descubierto en su cuerpo unas facultades que desconocía. Un día se alarmó. Se dio un golpe muy fuerte y por la mañana descubrió en su hombro un enorme hematoma. ¿Cómo era posible que apenas hubiera sentido dolor? Llamó a la Clínica, y habló con el doctor que le había operado. Éste le dijo que era normal entre los trasplantados. Esa euforia, ese vigor desconocido que sentían tras la operación tenía que ver con las sustancias que habían tenido que administrarles. Es más, su cuerpo tardaría meses en absorberlas por completo y recuperar su normalidad. Elmo no quería esa normalidad. En su caso, era lo más parecido a la muerte. Antes de la operación, apenas podía

andar o moverse. La Central Térmica en la que trabajaba estaba situada a doscientos metros de su casa, y para llegar a ella tenía que hacerlo en varias etapas. Daba ocho o diez pasos, y tenía que pararse a descansar, como si una fuerza de gravedad muy superior a la habitual fijara su cuerpo y los objetos que le rodeaban a la tierra. Apenas podía levantar las piezas en el taller, y hasta la acción más insignificante, como subir una escalera, le costaba un esfuerzo inaudito. Un simple tenedor que levantaba de la mesa le dejaba exhausto.

**C**onocía ese cansancio. Era un viejo y oscuro visitante de su vida. Anunciaba la enfermedad. Lo conocía desde que le había visitado por primera vez a los trece años de edad. Era entonces un niño normal, que jugaba junto a la Central Térmica con los otros niños del poblado. Era allí donde trabajaba su padre, y donde había nacido. La construcción de la Central data de comienzos de los años sesenta. Se eligieron unos terrenos adyacentes al río Carrión,

dentro del término municipal de Velilla del Río Carrión, con la idea de aprovechar la producción de carbón de la cuenca palentina. Se construyó un poblado junto a las instalaciones, con viviendas para los ingenieros y técnicos norteamericanos llegados para su montaje, y una pequeña presa en el Carrión para la toma de agua de refrigeración, denominada Presa de Villalba.

Su padre trabajó en la Central desde su fundación y a Elmo nada le gustaba más que que le hablara de aquellos tiempos. La zona cambió por completo, pues empezó a haber trabajo y donde antes sólo había pastos y vacas crecieron muchas industrias auxiliares. En pocos años, Velilla y Guardo, la capital de la comarca, se transformaron en pueblos prósperos, rebosantes de vida y locura, pues donde había mineros siempre había locura. Y Elmo escuchaba embobado las historias de ese pasado vibrante y de todas las dificultades que tuvieron que vencer para poner en marcha la Central. Por ejemplo, lo complicado que fue el traslado de la turbina

de General Electric desde el Puerto de Bilbao. Tuvieron que emplear un camión de enormes dimensiones que sólo a duras penas pudo llegar hasta allí, debido a lo sinuoso de las carreteras de la época. Tras varios años de trabajo, por fin, en el año 1964, se puso en marcha el grupo 1, de 148 MW de potencia, que se ampliaría veinte años después con un nuevo grupo, que doblaba esa potencia, y para el que fue necesario construir el gran cono de la torre de refrigeración que es ahora la imagen más conocida de la Central y que la hace parecer un gran barco varado misteriosamente entre las montañas. Los grupos están diseñados para quemar carbón, una mezcla de hulla y antracita. El carbón procedía antes de las zonas próximas de Sabero, Guardo y La Pernía, lo que daba origen a una gran actividad minera en los alrededores. Pero a partir de los años 90 se comenzó a utilizar carbón de importación, que llega a España a través del Puerto de Santander y El Musel de Gijón, desde donde se transporta hasta Velilla en camiones.

El parque dispone de dos pilas, una de antracita y una de hulla. Elmo recuerda cuando de niños entraban a jugar burlando la vigilancia de los guardas, que hacían la vista gorda pues todos eran conocidos. Fue entonces cuando se aficionó a las máquinas, que luego dibujaba incansablemente en sus cuadernos. Las máquinas eran la prosperidad, pero también la inteligencia, la fuerza y la fantasía. Parecían hechas, como pasaba en las novelas de Julio Verne, para hacer posible lo que sólo en los sueños se realizaba: hablar en la distancia, descender al fondo de los mares, volar, construir túneles azules bajo la nieve, transformar aquel carbón oscuro que venía del interior de la tierra en ingrátida luz.

La Central era algo más que una fábrica, todo en aquel pueblo giraba en torno a ella: la realidad de los adultos y los sueños de los niños. Era una entidad protectora que regía el ritmo de los días y de las noches, y mientras no dejara de funcionar tendrían trabajo y dinero, casas y

escuelas, pues le debían cuanto tenían y eran: los trabajos de los padres, el pequeño poblado en que vivían, y en donde había una escuela y un club donde se reunían por las tardes, la vida del pueblo y la comarca. Y a los niños, claro, no les bastaba con verla de lejos, querían meterse dentro, explorar sus rincones y sus almacenes, merodear en torno a las grandes pilas de hulla y antracita, que eran como misteriosos montes negros en medio de un paisaje hecho de cumbreres nevadas. ¡Y qué hermosos les parecían! Cuando llovía, el carbón brillaba como el caparazón de algunos insectos, y el sol arrancaba reflejos acharolados. Guardaba la promesa del fuego, de los hornos encendidos, del calor que las grandes turbinas transformaban en energía eléctrica. Las líneas de alta tensión trasladaban esa energía a los lugares más remotos y, gracias a ella, calles y casas, hospitales, escuelas y talleres se llenaban de luz. Era como si esa actividad que luego veían en los pueblos de los alrededores, las luces que iluminaban los escaparates de sus

tiendas, los retablos de sus iglesias, sus teatros y sus polideportivos sólo pudieran existir porque ellos estaban allí alimentando los hornos de la Central, como la boca de un ogro insaciable.

Borges tiene un poema titulado 'Los justos' en el que va nombrando las acciones humildes de algunos hombres anónimos: el tipógrafo que compone una buena página, el que acaricia a un animal dormido, quien justifica o quiere justificar un mal que le han hecho. Y nos dice que son esas acciones las que sostienen el mundo. Y a los ojos de Elmo, bien podría añadirse a esas acciones el trabajo en la Central. Una fábrica de luz. Es lo que hacen los poetas: trabajar para los demás, de modo que puedan aprovechar la luz y el brillo del mundo. Luego vería ese mismo brillo en los ojos de aquella chica que conoció en el instituto de Guardo, haciendo Formación Profesional. Apenas hablaba con ella, pero ambos se quedaban mirándose en los recreos, aunque no se llegaran a hablar. La conocía, porque era hija de uno de los camioneros que trabajaban

en la Central. El carbón venía entonces de los puertos del norte e iban a buscarlo en grandes camiones, capaces de transportar hasta treinta toneladas. Y a veces, cuando le miraba, sus ojos tenían el brillo del carbón mojado por la lluvia.

Sabía cómo era ese brillo porque lo había contemplado mil veces de niño, cuando se colaban furtivamente en la Central a jugar. Entraban en los talleres a inspeccionar las piezas, o jugaban al balón en la sala de las turbinas, donde podían estar al abrigo del frío. Pero su lugar preferido era la explanada donde estaban las dos grandes pilas de carbón. Ascendían por ellas y se deslizaban por sus laderas sobre bolsas de plástico, como si fuesen trineos. La hermosa nieve negra. A todos los niños les gusta lo extraño, lo imprevisto, lo que no tiene que ver con lo que hacen y ven cada día. Y cuando Elmo estaba en el hospital soñaba muchas veces con esas pilas de carbón. Tuvo que dejarlas cuando enfermó de leucemia. Entonces no podía salir de casa, y sólo podía verlas desde la distancia.

La quimioterapia le había privado de pelo, y se cubría la cabeza con una gorra, pues los otros niños, sus antiguos compañeros de juegos, se reían de él. Era como uno de esos personajes que nadie quiere y que aparecen en el mundo de los cuentos. Muchachas que viven en la suciedad, corderos de ojos rojos, gansos sin cabeza, sirenas que han perdido la voz, príncipes que tienen un ala de cisne, le recordaban a Elmo su propio corazón, lleno de deseos incumplidos, de pensamientos que no sabía cómo llevar al mundo. Y en esos pensamientos siempre estaban aquellas tardes en que jugaba con los niños del poblado. Jugaban todos juntos, los hijos de los obreros, con los de los ingenieros o los hijos del director. Pues vivían todos juntos, en el poblado que habían edificado para los americanos que construyeron la Central. Y entre ellos no había categorías, ni clases sociales. Eran todos iguales. Elmo recuerda a uno de esos directores. Tenía un hijo de su edad y se pasaba tardes enteras en su casa. Merendaban juntos, jugaban en su cuarto y bajaban al jardín, como

si fuesen hermanos. El director iba a verles a menudo, pues le gustaban mucho los niños. Más tarde, cuando Elmo empezó a trabajar en la fábrica, el director le llamó a su despacho, y le dijo: “Aquí no has venido a jugar; no olvides que ahora soy tu director”. Elmo no lo olvidó, y desde el primer momento trabajó como los demás. Lo hacía con gusto, sin sentir cansancio, porque amaba aquel lugar y la confianza que habían puesto en él. Además, era allí donde trabajaba su padre, y por nada del mundo habría querido decepcionarle. Eso era el honor, no tanto fallarse a uno mismo, como no fallarles a los demás, especialmente a los que queremos. En la Central trabajaban los hijos y los padres. Tenían una costumbre. Cuando los chicos se hacían mayores y empezaban a trabajar, los ponían al lado de sus padres, que los controlaban y se hacían cargo de ellos. El padre de Elmo no quiso tenerle a su lado. Era soldador, y trabajaba en lugares entre gases y sustancias tóxicas. Elmo ya había estado enfermo y aquel lugar no era adecuado para él. Sin embargo, cada poco

le iba a visitar. Su padre le decía que tenía que hacer lo que le pedían, responder a la confianza que habían depositado en él.

A Elmo no le costaba hacerlo. Le gustaba estar allí, observar a su padre. Era un simple oficial, pero todos le respetaban. Le iban a consultar cuando tenían problemas y siempre tenía respuestas para ellos. Trabajaban en turnos, las veinticuatro horas del día. Los hornos no podían apagarse, y ellos debían trasladar el carbón, controlar el funcionamiento de las turbinas, sustituir las piezas que se estropeaban, reparar los desperfectos haciendo posible que la electricidad fluyera por las líneas de alta tensión a las subestaciones de Palencia y Burgos. Era extraño que padre e hijo se llamaran así, Elmo, como si estuvieran predestinados a ese trabajo.

**S**an Elmo era el patrón de los marineros, que lo asociaban románticamente al fuego de

San Elmo (o San Telmo). Vivió en el siglo IV. Una noche de gran tormenta, San Elmo se dirigió con sus discípulos a visitar al obispo de Auvergne, quien se encontraba en cama por enfermedad. Pero era tal la oscuridad, que no podían seguir adelante. Elmo encendió una vela, lo que sorprendió a todos. ¿Acaso pretendía que permaneciera encendida en medio de la tormenta? Pese a las dudas de sus acompañantes, la lluvia que caía a cántaros y las ráfagas de viento, la vela no sólo no se apagó sino que su luz era cada vez más intensa, como si se alimentara de la misma fuerza ciega que azotaba su barca. Y lograron llegar a su destino. Debido a esta leyenda, San Elmo fue adoptado como patrono de los marinos del Mediterráneo, quienes veían en el destello lívido y las lenguas de fuego que aparecían en los mástiles de los barcos durante las tormentas, la pervivencia de la llama que el santo había encendido aquella noche.

En la Central se alimentaba ese mismo fuego. Un fuego que habría de transformarse en luz. A veces las nevadas eran tan copiosas que

borraban los caminos y bloqueaban puertas y ventanas. Y ellos tenían que recuperar piezas y herramientas, engrasar y controlar el funcionamiento de los motores, despejar las carreteras para que el carbón siguiera llegando. Su misión era cuidar la Central, obtener la energía que se necesitaba para que las grandes turbinas pudieran cumplir su función. Era como mantener encendida una llama en medio de la tempestad. También la vida era una llama. Estaba sobre las espigas, en las mazorcas del maíz, en los ojos de los terneros, en la locura de los venados. Aquella chica tenía una llama así. No se atrevía a hablarle, y pasaba a su lado fingiendo indiferencia, pero cuando se volvía a hurtadillas para mirarla, la llama seguía en sus manos. Proyectaba sombras ligeras sobre el suelo y la pared, le decía que se acercara, que no tuviera miedo. También su padre la tenía. Iba a verle al taller y veía la llama sobre su mesa. Y estaba en su madre, sobre todo cuando enfermó y ella le cuidaba. Venía a verle por las noches y la traía con ella. Elmo la sentía temblar al acercarse, y cómo

la dejaba a sus pies sobre la colcha cuando se iba. Vivir era ocuparse de esas llamas, hacer lo posible para que continuaran encendidas. Caer en la desgracia es vivir en un mundo sin llamas. Los creyentes lo saben, y por eso llenan sus templos de velas. Los católicos las encienden al pie de las imágenes de su devoción; los hindús las colocan entre pétalos y platitos de arroz, junto a los árboles sagrados, o las ponen sobre pequeñas barquitas que se lleva la corriente de los ríos. Y Elmo vivió por un tiempo en un mundo sin llamas. Fue cuando enfermó. Tenía trece años y aquel cansancio que le hacía abandonar los juegos y regresar avergonzado a casa ocultaba una leucemia. La más terrible de todas, pues en aquellos años no tenía curación. Fueron a Asturias, donde lucharon por sacarle adelante. Elmo recuerda a una doctora que le atendía. Era pecosa y se ocupaba de él como si fuese un pequeño rey. Alguien que estaba allí de incógnito, pero cuya verdadera naturaleza ella hubiera descubierto. Le miraba y parecía decirle: sé quien eres, a mí no me puedes en-

gañar. Fue ella quien más le ayudó. Le hacían transfusiones constantes, pues la leucemia degradaba su sangre. La sangre nueva le hacía revivir y, después de las transfusiones, si le hubieran dejado, se hubiera ido por la ventana como los vampiros. Pero le tenían aislado, y nadie le podía visitar para evitar los contagios. El más inane de los virus podía causarle la muerte, pues su organismo se había quedado sin defensas. Y aquella doctora era su puente grácil con el mundo. Una pasarela como aquellas, hechas de cuerdas y tablas, que en las películas cruzaban ríos y abismos. Volaba sobre esos abismos hasta llegar hasta su cama, y en sus manos le llevaba los frutos de la vida: las palabras más leves, las dulces mentiras, las promesas que no se podían cumplir, la loca esperanza. Era como la hija del faraón cuando salvó a Moisés de las aguas, se acercaba a su cama y parecía decirle: “no te voy a olvidar”. A veces, le sorprendía llorando y Elmo sentía vergüenza. Pero ella le decía que no se preocupara, que era bueno llorar. Ahí estaba el ejemplo de Miguel Strogoff. Era

el mensajero del zar y tras ser apresado por los enemigos de Rusia, le torturaban para que revelara su misión. Como no lo hacía, le quemaban los ojos con un hierro candente. Miguel Strogoff se acordaba de su tierra y sus familiares y las lágrimas corrían por sus mejillas. Eran esas lágrimas las que le salvaban, pues su humedad le protegía los ojos, librándole de la ceguera. Y a Elmo también le salvaban sus lágrimas. Cerraba los ojos y se imaginaba en el poblado, junto a la Central. Veía los campos nevados, las huellas de los venados, las cumbres blancas, la nube de vapor que emergía de la torre de refrigeración y encontraba en esos recuerdos la fuerza para continuar. Le consolaba pensar que todo seguía funcionando como lo dejó, que mientras él estaba en el hospital, su padre y los otros obreros seguían alimentando los hornos, engrasando las máquinas, sustituyendo las piezas que se estropeaban, y la energía eléctrica seguía llegando a ciudades y pueblos. Amaba ese orden, y que gracias a él la vida siguiera su curso. Tras el día llegaba la noche, se sucedían las estaciones

y las cosechas. Los nogales daban sus frutos, be-  
rreaban los venados a comienzo del otoño, se  
apareaban con las hembras y unos meses des-  
pués podía verse a las pequeñas crías corretean-  
do tras sus madres por la montaña. Las minas  
entregaban el carbón, y los embalses se llena-  
ban con el agua del deshielo. La Central prolonga-  
ba el orden del mundo, lo ponía al servicio de  
los hombres. La vida era ese orden. Y Elmo pen-  
saba en él con alivio. Todo seguía funcionando  
mientras él estaba allí, y cuando saliera volvería  
a encontrárselo como lo dejó.

**E**stuvo cuatro meses así, sin salir de aquel  
cuarto. No tenía televisión, ni entreteni-  
miento alguno, las visitas eran escasas y siem-  
pre muy breves, pues debía permanecer ais-  
lado. Se entretenía con lo que podía. Lanzaba  
las agujas de las inyecciones contra la puerta,  
pinchaba las almohadas, como si fueran ene-  
migos de los que se tenía que defender, trans-

formaba las jeringuillas en pistolas de agua, cogía las gomas que le ponían en el brazo para las transfusiones y hacía con ellas tiradores. Se interesaba por los aparatos que le rodeaban: el gotero de ruleta, la bomba volumétrica, que controlaba la cantidad que quedaba. Sentía curiosidad por todo lo que se relacionaba con su enfermedad. Quería saber por qué le daban determinados medicamentos, en que consistían las pruebas que le hacían, cómo evolucionaba su mal. Sin saberlo, hacía suyo aquel consejo de Spinoza: no reír, no llorar; decir, comprender.

Desde el principio supo que estaba muy grave. No podía andar, perdió el apetito, y le llevaron al médico de cabecera. Era un buen médico, y todos le querían mucho. Le enviaron a Palencia, y luego a Oviedo, donde permaneció varios meses. Aprendió algo que no ha olvidado, a tener fe en las personas. La tuvo sobre todo en su padre, que creía que todo se puede conseguir. Llevaba con él, como el santo que le daba su nombre, aquel fuego que nunca se apagaba. Se había quedado huérfano muy joven, y había

trabajado sin descanso. Su madre, la abuela de Elmo, también era obstinada, irreductible, como una leona que defiende a sus crías. Ayudaba en la mina, cargando con baldes los vagones de carbón, y vivió noventa años. A Elmo le gustaba pensar que su fortaleza venía de ella.

No era fácil ser fuerte en el hospital. No tenía nada. Un pijama de la Seguridad Social varias tallas superior a la suya, y una palangana para devolver. Era una vida vacía, salvo cuando venía su padre. Se entendían con la mirada. Tenía un temperamento fuerte. “El que me busca me encuentra”, solía decir. Pero era justo y noble, y tenía montones de amigos. Elmo sabía que sus padres habrían dado su vida por él. Este pensamiento le ayudaba a resistir. No es tan difícil, te acostumbras a todo. Era como un hombre que vivía en el cuerpo de un niño. Cuando Elmo sea un anciano y no pueda comer, ni subir escaleras o cruzar solo una calle, no se va a asustar. Todo eso ya lo vivió, y sabe lo que es. Tenía sólo 13 años y se volvió un anciano: no podía ni ir solo al servicio. Se acostumbró a vivir a tra-

vés de los demás. Venían a verle y les pedía que le contaran cosas. Lo que había sucedido en su ausencia, las películas que habían visto. Llevaba mucho tiempo sin ver a sus hermanos y les pedía que le hablaran de ellos, de sus amigos, de lo que aprendían en la escuela. Y cuando se quedaba solo se refugiaba en esos relatos y llegaba a ver las cosas como si las tuviera delante de sus ojos: los juegos de sus hermanos, los partidos de fútbol en la sala de las turbinas, las palabras y fórmulas que el maestro escribía en la pizarra, las excursiones por el campo con su padre. Su padre le enseñaba a distinguir las plantas medicinales y las setas comestibles, y a reconocer los árboles por el color de sus hojas y la forma de sus copas: el pino silvestre, las encinas y hayas, las sabinas y los abedules de troncos blancos. Urogallos, lobos, venados, águilas reales, buitres leonados, y gatos monteses eran visibles a poco que te internaras en el monte. También había osos. A veces se acercaban al pueblo y lo contemplaban en la distancia, como misteriosos vagabundos que guardarán los secretos

del bosque. Todo lo veía Elmo con los colores más vivos. Estaba en la cama, pero le bastaba con cerrar los ojos para estar, por ejemplo, ante el pico del Espigüete, de hermosa piedra caliza. Estaba aislado de los otros picos y parecía una pirámide que emergiera nítida del pantano de Camporredondo. Cuando estaba nevado, su cumbre se recortaba sobre el cielo como un inmenso pecho henchido de leche. Se sentía como el protagonista de ‘El vagabundo de las estrellas’, la novela de Jack London. En ella un condenado a muerte, mientras espera la fecha de su ejecución, se refugia en sus fantasías. Su vida pende de un hilo, está desnutrido y enfermo, pero él aprende a concentrarse y abandonar rompiendo las infranqueables barreras del espacio y del tiempo. Así, accede a otras vidas vividas fuera de la cárcel. Y es un refinado francés que muere en un duelo, un náufrago escocés en una isla desierta, un niño que marcha con su madre en la Conquista del Oeste, un marino inglés en las costas de los mares de China, hasta remontarse a los primeros seres humanos,

pues en su pensamiento es libre. Así era el niño Elmo. Si sus padres le hablaban de sus hermanos, no sólo les veía por el pueblo, en sus bicicletas, sino que él mismo pedaleaba a su lado, volando hacia el río y subiendo las cuestas con sus amigos. También se imaginaba las películas que le contaban. Le gustaban sobre todo las de la Segunda Guerra Mundial, con sus batallas y sus heroísmos.

No era fácil vivir allí, a pesar de lo amables que eran con él médicos y enfermeras. Se sentía solo y tenía miedo. Miedo a los pinchazos, a las exploraciones, a las transfusiones de sangre. Deseaba que no se encendiera la luz, pues cuando esto sucedía solían venir a por él. Le ponían agujas en los brazos, se lo llevaban en una camilla para hacerle más pruebas. Luego, en su cuarto, los días se le hacían eternos. Todo lo contaba: el número de pasos que tenían que escucharse por el pasillo para que alguien apareciera en la puerta, las losetas que había en la sala, las tablas de la persiana. Le tranquilizaba comprobar que esos números no variaban, que el mundo no

era caprichoso y caótico sino que estaba sujeto a un orden y una medida. Se sentía protegido por ese orden.

Pero nada de aquello sirvió. Su enfermedad era una leucemia aguda, que entonces no tenía cura, y tras un periodo de tiempo en que pareció superarla, volvió a recaer cuando tenía diecisiete años. Les dijeron a sus padres que no podían hacer nada más pero ellos siguieron luchando. Se enteraron por una revista que un doctor de Barcelona afirmaba que en Estados Unidos habían descubierto un remedio para aquella enfermedad, y fueron a verle. Ese medicamento existía, pero aún estaba en fase de investigación y no se conocían bien sus efectos sobre el organismo. Se puede curar, les dijo, pero su toxicidad es alta y puede afectarle a algún órgano. No podían elegir, pues Elmo se estaba muriendo, y sus padres se las arreglaron para conseguir aquella medicación. En España no estaba autorizada, y la introducían a través de unas monjas. Fue en su propia casa donde se curó, aunque para ello habría de pasar por

un largo calvario. Le administraban el medicamento todas las semanas, los viernes. Cuando lo hacían solo le quedaba una hora para jugar y estar bien, luego empezaba a vomitar. Ya de madrugada, agotado por los esfuerzos, se quedaba dormido. Al día siguiente no podía comer y seguía vomitando. Ésa es la imagen que conserva de ese tiempo. Sentado en el sillón de su casa, frente al televisor, con una palangana a sus pies. Al segundo día empezaba a estar mejor. Ya no devolvía, y se alimentaba bien. Comía yogures, y bebía jugos de vegetales y otros remedios caseros que le preparaba su madre. Recuerda el olor de las infusiones de plantas medicinales, y aquella imagen del frigorífico lleno de yogures.

Recuerda, sobre todo, el jugo de caballo. No sabe cómo se preparaba, pero su madre tenía una confianza ilimitada en sus poderes. Era el poder de los nombres, la magia que nos vinculaba con las otras criaturas del mundo. Los caballos eran los reyes de la montaña, pastaban libremente en el campo y resistían el frío y la nieve sin inmutarse. Ni siquiera los lobos se

atrevían a acercarse a ellos, por el temor a sus cascos. Abundaron en aquella zona, sobre todo percherones y mulas, que se utilizaban para arrastrar los vagones de las minas, pero ahora apenas quedaban unos pocos. Aun así, continuaban allí, como callados supervivientes de aquel mundo desaparecido. Y su madre pensaba que algo de su fuerza y de su secreto poder pasaba al débil cuerpo de su hijo con aquellos jugos. Y lo cierto es que Elmo mejoraba al beberlos y pronto volvía a estar bien. Pero la semana había pasado y tenía que tomar una nueva dosis de medicación. Todo volvía a empezar: los vómitos, la imposibilidad de ingerir alimentos, las noches interminables. Cuando estaba un poco mejor su padre le llevaba en el coche y paseaban por el campo. Elmo había perdido el pelo, y llevaba una gorra para cubrirse la cabeza. Cuando estaban solos se la quitaba, para recibir la caricia del sol. Si alguien se acercaba, su padre daba la voz de alarma y Elmo se volvía a cubrir. Le acomplexaba que le vieran con la cabeza rapada, pues se reían de él. Dejó de ir a la

escuela. Estudiaba en casa, e iba con su padre a todos los lados, mientras su madre se ocupaba de tenerlo todo dispuesto para su vuelta.

En su casa tenía todo lo que quería. Le mimaban en exceso, y siempre estaban pendientes de él. En el frigorífico había cosas que sus hermanos no podían tocar, porque estaban reservadas para él. Un día vio una película en la que alguien se comunicaba desde su casa con una pequeña emisora de radio, y quiso tener una. Consiguió que a su hermano y a él les regalaran unos *walkie-talkies*. Se cambiaban de cuarto y hablaban a través de los transmisores. También desde la calle. Su hermano salía al exterior, y le contaba lo que veía. Una tarde que estaba solo, acercó su transmisor al radiador y captó una señal desconocida. Era alguien hablando. Le oía todos los días, pues el radiador hacía de antena. Hablaba con otras personas lejanas, con las que tenía una gran familiaridad. Elmo dedujo que estaban en pueblos distintos y se comunicaban a través de sus emisoras. Se contaban las cosas más diversas: el tiempo

que hacía, si habían escuchado a los lobos, si habían visto furtivos en las montañas. Elmo se pasaba las horas escuchándoles, aunque no lograba hablar con ellos pues su transmisor no tenía suficiente radio de acción. Un día, el desconocido le dijo a su interlocutor donde vivía. Era en el pueblo de al lado, y Elmo anotó el nombre de la calle y el número del portal. Cuando vino su padre le dijo que le quería visitar. Insistió tanto, que consiguió convencerle. Su padre no le negaba nada. Fueron a esa calle, y llamaron a la puerta de aquella casa. Allí vivía el hombre que escuchaba por su receptor. Era un hombre afable que enseguida les explicó lo que hacía. Tenía una pequeña emisora y hablaba con otros radioaficionados, pues a cualquier hora del día y de la noche había alguien esperando. Elmo salió de allí fascinado, con el firme propósito de conseguir como fuera una emisora como aquella, y formar parte de aquel pueblo de voces distantes. Desde entonces no ha dejado de hablar. Lo hace todos los días, especialmente por las noches, cuando todo está

en silencio. Es falso ese silencio, está poblado de voces, de deseos y sueños. Lleno de las palabras y los pensamientos de los hombres. El mundo sería inconcebible sin ellos pues son esas palabras y esos pensamientos los que lo vuelven cercano y querido. ¿Qué sería de las laderas de los montes, de los arroyos y las cumbres, sin las fantasías de los niños, los suspiros de los enamorados o los anhelos de los montañeros? Un mundo desierto. Elmo no quería ese desierto, quería escuchar, colarse en el corazón sonoro del mundo. Cuando no sabía qué hacer, o en las noches interminables en que no podía dormir, encendía la emisora y hablaba con otros desvelados como él. Ellos le hablaban de sus pueblos, y él del suyo. Les hablaba del pico del Espigüete, de los cazadores furtivos, de la prohibición de cazar cuando nevaba, al objeto de que las huellas que venados y jabalís dejaban en la nieve no pudieran orientar a los cazadores. Les hablaba de las cumbres blancas, de aquellas veces que la nieve era tan copiosa que los quitanieves no podían retirarla de la carretera y lo que hacían

era abrir túneles para que los coches pudieran avanzar. Les hablaba de los lobos. De eso hablaba en aquellas noches. Les llevaba las noticias de la nieve.

Lo ha seguido haciendo hasta hoy, en que tiene en su casa una potente emisora, con la que habla cada día con otros radioaficionados de la zona. Su interlocutor más querido es un minero jubilado. Vive en la montaña, en una casa abandonada, que él mismo ha reparado con restos de otras casas. Tiene una buena pensión y es aficionado a las nuevas tecnologías, pero apenas abandona su refugio. Cuando nieva se queda aislado, y para bajar al pueblo a comprar tiene que hacerlo sobre unas raquetas. Vive solo, con la única compañía de su emisora, sus cigarrillos y el café que consume sin descanso. No quiere saber nada del mundo, y sólo es feliz en ese refugio. Y Elmo disfruta hablando con él. El viejo minero le habla del tiempo que estuvo en la mina, de la dureza de aquel trabajo, y de la locura que se instalaba en todos ellos, cons-

cientes de que en apenas unos años sus pulmones estarían destruidos. Ganaban mucho dinero que luego se gastaban en juego y bares de mala muerte. Cuando salían de la mina eran como Lázaro resucitado. No tenían tiempo que perder, y apuraban la vida sin pensar en el mañana. Ahora es distinto, ha encontrado la paz y no quiere moverse de su refugio. No le gusta el mundo, lo que ve a su alrededor. Todos están obsesionados por el dinero, se traicionan unos a otros por conseguir lo que quieren. No quiere saber nada de ellos. Prefiere la soledad de la montaña. Observa a los animales que bajan hasta su cabaña y espía los movimientos de los furtivos, a los que odia, pues no matan para alimentar a sus familias sino por dinero. Matan venados y lobos, cuyos cuerpos abandonan en el monte, porque sólo les interesan sus cabezas, que venden en la ciudad para disecar y adornar los salones de los ricos. Elmo y él están hablando de cualquier cosa a través de la radio y de pronto se queda callado y le pregunta: “¿No

oyes?, mis perritos quieren comer”. Se refiere a los lobos, que cuando nieva mucho bajan a las cercanías de la cabaña en busca de basura.

**E**lmo logró salir adelante. En ese tiempo nadie lograba sobrevivir a una enfermedad así, pero él lo consiguió gracias a la ayuda de sus médicos. Y pasados unos años pudo reintegrarse a una vida normal. Volvió al instituto, y se matriculó en Formación Profesional, en la rama del metal. Fue cuando se reencontró con Carmen, que estudiaba en el mismo instituto. Se habían conocido en ese mismo centro antes del recrudescimiento de su mal. Ella le veía en el recreo, y le gustaba su fragilidad, sus maneras delicadas, la vida que había en sus ojos, como si hubieran visto cosas de las que los demás no sabían nada. Se acostumbró a buscarle con la mirada cuando salían de clase, aunque luego no se llegaran a hablar. No era como los otros chicos. Parecía haber bajado de las montañas

para ver cómo era la vida en el pueblo, para saber si iba a quedarse o no. Y ella se dio cuenta de que solo vivía para esperar el momento en que se lo encontraba en el recreo. Le veía llevarse la mano al bolsillo y le parecía que iba a sacar la llena de nieve. Pero un día desapareció. No vino tampoco al día siguiente, ni al otro. Pasó una semana, dos, y seguía sin aparecer. No volvió a verle. Preguntó por él y nadie sabía nada. ¿Dónde estaba?, ¿por qué no volvía al instituto? Fue esa desaparición la que le hizo amarle. Siempre es así, amamos lo desconocido, lo que no nos pertenece. Elmo tardó varios meses en regresar y cuando lo hizo estaba aún más pálido que antes. Ella sabría más tarde que había vuelto a estar enfermo, pero le bastó con verle para saber que le amaba. Y enseguida se hicieron novios. Fue un tiempo tranquilo a pesar de la enfermedad. Elmo aún estaba muy débil, y muchos días no podía salir. Ella le llamaba y su madre le decía que estaba malo. Lo aceptaba con mansedumbre. Su amor era así, ni mejor ni peor que los otros. Elmo traía su enfermedad

consigo, como otros chicos traían su fuerza física o su locura, y ella se adaptó. A veces la llamaba y le decía: ven a casa, que tengo fiebre. Y ella iba y se quedaba a su lado. Iban a Palencia al cine, paseaban en coche. A veces se perdían por los caminos de la montaña, buscando las pistas de los animales. Una vez vieron a los lobos muy cerca. Detuvieron el coche y los lobos cruzaron la carretera lentamente, sin asustarse, como si también ellos formaran parte del bosque. Fueron dos, tres años de tranquilidad, hasta que Elmo empezó a sentirse mal otra vez. No podía andar, todo le fatigaba. Cualquier esfuerzo le dejaba exhausto. Carmen no se apartaba de su lado, estaba pendiente de él, le llevaba en coche para que no tuviera que andar. Le gustaba conducir. Su padre y su hermano habían sido camioneros, y ella había crecido junto a aquellos camiones enormes y poderosos. Nada amaba más que acompañar a su padre, cuando los conducía. Le parecía un dios, alguien que tenía el poder de hacerse obedecer por aquellas máquinas. Era esa mezcla de delicadeza y fuerza la

que le gustaba, y la que le hizo hacerse camionera cuando se hizo mayor. Lleva una fotografía en su móvil, en la que está con su camión y que enseña con orgullo. Es una mujer frágil, de aspecto delicado y dulce, y ante la cabina del enorme camión apenas abulta lo que una espiga. Recuerdan a la Bella y la Bestia. Allí arriba, en su cabina, se siente libre, poderosa, como si hubiera lugares en el mundo donde las cosas pueden ser como queremos. Si puede mover con un dedo esa enorme máquina ¿por qué no va a haber en el mundo un lugar donde Elmo no vuelva a sufrir? Era ella la que conducía el coche, cuando salían al campo. Elmo le decía adónde quería ir, y ella le llevaba. Los árboles se apartaban a su paso, los puentes la llevaban por encima de los ríos, el camino le conducía a las laderas más altas. Le bastaba desear algo para tenerlo al instante. Allí dentro no había tristeza, ni enfermedad, ni dolor. Pero la enfermedad les esperaba cuando regresaban. Era una vieja andrajosa que visitaba a Elmo por las noches. La puerta estaba cerrada pero ella se las

arreglaba para entrar. Llegaba hasta su cama y se tumbaba encima de él. Estaba en los huesos, pero pesaba terriblemente y Elmo tenía que soportar su peso, su mal olor, su respiración convulsa. Estaba llena de tierra que, al colarse entre las sábanas, no le dejaba dormir. Elmo se levantaba agotado. Por entonces, ya trabajaba en la Central. Y empezó a tener hemorragias. Una de ellas estuvo a punto de matarle. Consiguió llegar desde Velilla hasta la Clínica Universidad de Navarra, pues la empresa tenía un seguro médico con ellos. Le hicieron una operación pionera en aquel entonces que consistía en prolongar la vena porta hasta la vena cava y así salvar la resistencia del tejido muerto del hígado. A causa de ese tejido lleno de cicatrices la sangre no podía seguir avanzando y refluía causándole varices en el intestino y en el esófago.

Logró salir adelante y superar estos problemas de hígado pero unos meses después volvió a sentirse mal. Se desmayó varias veces en el trabajo y le detectaron una insuficiencia cardíaca.

Un estudio más a fondo reveló una miocardiopatía dilatada tóxica. Tenía 23 años, y su corazón era el de un moribundo. La enfermedad evolucionó tan deprisa que unas semanas después apenas podía sostenerse en pie. Su mal era una consecuencia de la medicación que había tomado de niño. Le había salvado de la leucemia, pero le había envenenado y su corazón ya no podía más. Le mandaron de nuevo a la Clínica Universidad de Navarra. Si hasta ese momento su vida había girado en torno a la Central, ahora empezó a hacerlo alrededor de aquella Clínica, que sigue visitando cada seis meses. En ella empezó a vivir otra vez. “Yo celebro el día en que me operé, no el día en que nací”, suele decir. Estudiaron su caso y no le dejaron irse. Tenían que hacerle un trasplante. “Hay dos opciones — le dijo el doctor — o te operas o te mueres”. Y decidió operarse. Todo fue muy rápido. No tuvo que pasar las incertidumbres propias de los que van a recibir en su cuerpo un nuevo órgano: la espera de un donante, la llamada a media noche, el viaje hacia el hospital. A Elmo

apenas le dieron tiempo para pensarlo. Sólo habían pasado 27 horas desde su ingreso en la Clínica Universidad de Navarra y ya le llevaban al quirófano para la operación.

Fue una operación limpia, sin complicaciones, pues el nuevo corazón se ajustaba perfectamente, tanto en su peso como en su talla, al suyo. Aún así, Elmo recuerda estremecido los momentos del despertar de la anestesia. Le habían dicho que tras aquella operación te dolía todo salvo las cejas, y en efecto fue así. Le habían abierto como un pollo, y el dolor era tan grande que creyó volverse loco. No sabía dónde estaba, ni lo que le había pasado. Pero enseguida empezó a sentirse bien, y en pocos días experimentó un cambio espectacular, como si hubiera renacido con otro cuerpo. Animado por una energía nueva solo le faltaba ponerse a bailar por los pasillos de la Clínica. Se sentía como en esos musicales americanos donde los personajes todo lo hacen bailando.

Le hubiera gustado saber quién era el donante. Tener al menos una fotografía suya, para

verle. Llamar a su madre, para darle las gracias. Pero en la Clínica nunca daban esos datos. Sólo le dijeron que era un joven de 23 años, que había muerto en un accidente de tráfico. Era mejor no saber nada más. Ni siquiera las madres de los donantes lo sabían. De otra forma se obsesionaban con la persona que ahora llevaba el corazón de su hijo, y empezaban a llamarla, como si así pudieran recuperar lo que habían perdido. Era mejor que no supiera nada. Que ese nuevo corazón fuera como un fruto que había tomado de un árbol misterioso, un fruto que tenía el poder de dar la vida al que lo tomaba.

Al mes y medio estaba trabajando. Le ofrecieron jubilarse pero él lo rechazó. Los doctores de la Clínica se lo aconsejaron, pues los trasplantados que dejaban de trabajar solían empeorar. Regresar a la Central fue una decisión acertada. El trabajo le liberaba, le impedía dar vueltas en la cabeza a lo que le había pasado. Cuando eras un niño llorabas cuando te iban a pinchar, pero si eras un hombre, no servía de nada llorar y había que enfrentarse a lo que te

pasaba. No servía de nada engañarte. Además, tenía que demostrar en su empresa que podía seguir trabajando, agradecerles todo lo que habían hecho por él. Su operación y su estancia en la Clínica Universidad de Navarra habían costado mucho dinero y quería sentirse útil de nuevo, devolverles con su trabajo algo de lo mucho que le habían dado.

Cuando llegaba a su casa leía libros de medicina. No era una inclinación morbosa. Le gustaba conocer su enfermedad, enterarse de lo que le habían hecho. Por eso preguntaba constantemente a los médicos, quería que le dijeran la verdad. Uno de los doctores que le atendió era el cardiólogo que cuidó de Induráin durante su carrera deportiva. Le hablaba de cómo era el corazón del ciclista. Grande, insaciable y silencioso, como un animal del bosque.

**A**unque le ha pasado de todo, no se cambiaría por nadie. Dice con humor que, con la

mala suerte que tiene, seguro que si lo hace un camión mata al que le ha cambiado el cuerpo, y se muere en una vida que no es la suya. No quiere ser compadecido. La enfermedad le ha enseñado mucho. A confiar en los demás, a valorar lo importante. Se ha vuelto más humano, se fija más en las personas. Natalia Ginzburg dice que deberíamos enseñar a nuestros hijos no las pequeñas virtudes, sino las grandes. “No el ahorro sino la generosidad y la indiferencia ante el dinero; no la prudencia, sino el coraje y el desprecio por el peligro; no la astucia, sino la franqueza y el amor por la verdad; no la diplomacia, sino el amor al prójimo y la abnegación; no el deseo de éxito, sino el deseo de ser y de saber”. Son esas virtudes las que ha aprendido a valorar con su enfermedad. El mundo que te rodea te vuelve loco. Te pide cambiar de coche, conseguir más dinero, codearte con los poderosos. Pero cada vez que tiene que volver a la Clínica Universidad de Navarra, vuelve a poner los pies en la tierra. Ves a la gente enferma, ves sobre todo a los niños, y te vuelves compasivo y

humilde. Lo que más le influye es ver a un niño con una leucemia: se acuerda de todo el tiempo que pasó enfermo, y de todo lo que tuvo luchar, y le gustaría quedarse a su lado y ayudarle.

Cuando estaba enfermo y quedaba con sus amigos, muchos días no podía ir. Era un *mal queda*. Ha aprendido a no hacer planes, a vivir en el presente. No hay futuro, no hay a las seis de la tarde, sólo la hora en la que estás viviendo. Tampoco quiere saber nada del pasado, del que sólo rescata a las personas que quiere. Se acuerda mucho de los médicos y las enfermeras, que le ayudaron, y siempre tiene presente a su familia. Especialmente a Carmen y a Lorena, su mujer y su hija, y a sus dos hermanos que siempre han estado junto a él. Y, naturalmente, a su madre que le entregó su juventud y su amor. La recuerda al pie de su cama desde que a los tres años tuvo una bronquitis asmática, pues era como un algodoncillo y cualquier cosa le hacía enfermar.

Y se acuerda de su padre. Cuando se jubiló no quiso volver a Asturias, donde había nacido.

Amaba aquel lugar, su paisaje y sus gentes y se compró una tierra a la orilla del río Carrión, al pie del embalse de Camporredondo. Y decidió construirse en ella una panera, en recuerdo de su tierra. Pero enfermó gravemente y pasó sus últimas semanas en la Clínica Universidad de Navarra. Elmo no se separó de su lado. Ahora era él quien le protegía. Se invirtieron los papeles. Su padre se convirtió en un niño y él era el padre que le cuidaba. Tenía muy mal genio, y a veces no quería hacer lo que le pedían las enfermeras, pero a él le obedecía sin rechistar. Desde la Clínica seguía la marcha de las obras de la panera. Le llevaban vídeos para que pudiera ver cómo avanzaban y se enfadaba si no lo hacían bien. Se estaba muriendo y ponía pega a todo. Les pedía que hablaran con el albañil ya que si dejaba el tejado así luego tendrían goteras. No le abandonaban las fuerzas. Seguía teniendo en las manos aquel fuego que no se apagaba ni en la tempestad, el fuego que encendía los mástiles de los navíos y pedía a los marineros que siguieran luchando. Y pudo ver terminada su panera, lo que le llenó de felicidad.

Ahora es Elmo el que va a esa panera. La visita siempre que puede. A sus hermanos les ha dicho que pueden hacer lo que quieran con el piso de Guardo, pero que esa panera nunca se venderá. Pasa en ella con su familia parte del verano, pero cuando más le gusta ir es en invierno. Muchas veces, lo hace solo. Enciende la chimenea y desde su terraza contempla el río helado y la nieve que cubre picos, laderas y bosques. Todo el paisaje es blanco. Sabe que cuando mejore el tiempo la nieve empezará a deshelarse y alimentará los arroyos. Los embalses volverán a llenarse, crecerá la hierba y el bosque se llenará de flores y de brotes nuevos. Las crías de las venadas dejarán de pasar frío y tendrán abundante comida. Todo eso le cuenta esa blancura infinita. El mundo está lleno de tesoros, de frutos que crecen en la oscuridad. Parece un desierto y cuando menos se espera la vida regresa con sus frescos racimos. Así son las noticias de la nieve: nos dicen que nada se pierde, que se puede empezar otra vez.

## Nota del autor

Elmo no habría querido que este relato se cerrara sin recordar los nombres de los médicos que le han ayudado a vivir. La doctora Rayón le atendió en Asturias cuando tuvo la leucemia; y los doctores José Ignacio Bilbao, Gregorio Rábago y Jorge Quiroga lo hacen en la actualidad en la Clínica Universidad de Navarra. Por mi parte tengo que agradecer a Jesús Zorrilla, director de Comunicación de la Clínica, a Constantina Rodríguez, auxiliar de enfermería de Cardiología y Cirugía Cardíaca, y a los doctores arriba citados sus atenciones cuando les visité en Navarra para conocer el problema de Elmo. “El más hondo fundamento de la medicina es el amor, –escribió Paracelso–. Si nuestro amor es grande, grande será el fruto que de él obtenga la medicina; y si es menguado, menguados también serán nuestros frutos. Pues el amor es el que nos hace aprender el arte, y fuera de él, no nacerá ningún médico”. Gracias a todos ellos por ser fieles a este antiguo y hermoso consejo.

## Historia clínica

En 1980 a los 13 años, a **Elmo Fernández Argüelles** se le diagnostica una leucemia, que es tratada con quimioterapia en un centro hospitalario de Asturias. Se produce una recidiva a los 17 años de edad. Tras un nuevo tratamiento, la remisión de la enfermedad es completa.

Como profilaxis secundaria de hemorragia digestiva se le implanta en la Clínica Universidad de Navarra un TIPS el 27 de octubre de 1992 y una nueva prótesis por estenosis en el año 1996. Todas las revisiones angiográficas realizadas desde entonces son normales.

Los efectos secundarios del tratamiento quimioterápico de la leucemia provocaron una miocardiopatía dilatada, que hizo necesario un trasplante de corazón, llevado a cabo en la Clínica Universidad de Navarra el 3 de junio de 1993.

El paciente realiza revisiones cada 6-8 meses, que han puesto de manifiesto una estabiliza-

ción de la función hepática, con TIPS permeable con buen flujo, y una buena evolución del corazón trasplantado.

## Sobre la colección

Toda la labor asistencial, docente e investigadora que se lleva a cabo en la **Clínica Universidad de Navarra** se centra en el paciente. Esta colección no pretende ser una recopilación de casos médicos sino un homenaje, a través de sus historias, a las personas que sufren la enfermedad y que, paradójicamente, sacan gracias a ella lo mejor de sí mismas.

## Colección Historias de la Clínica

### Títulos publicados

- |                                 |      |
|---------------------------------|------|
| 1. La pierna de Peter Parker    | 2007 |
| Juan Manuel de Prada            |      |
| 2. El clarinetista agradecido   | 2008 |
| Soledad Puértolas               |      |
| 3. Noticias de la nieve         | 2009 |
| Gustavo Martín Garzo            |      |
| 4. La batalla de todos los días | 2010 |
| José María Merino               |      |
| 5. Canto a la vida              | 2011 |
| Mercedes Salisachs              |      |
| 6. Todo suena                   | 2012 |
| Lorenzo Silva                   |      |



Clínica  
Universidad  
de Navarra

[www.cun.es](http://www.cun.es)

[historiasdelacun.es](http://historiasdelacun.es)